

RESUMEN (SUMARIO) DE DOCUMENTOS CON ALGORITMOS

Usaremos el algoritmo creado para datos de texto inspirado en PageRank. Extraerá los tópicos, creará nodos fuera de ellos, y obtendrá la relación entre nodos para resumir el texto.

1. Extracción de Datos

1.1 ELIMINAR PALABRAS IRRELEVANTES

2. Capitulo I

2.2 SUMARIO CAPITULO I

3. Capitulo II

3.2 SUMARIO CAPITULO II

4. Conclusiones

5. Anexos

EJEMPLO

Resumir los capítulos I y II de "La Isla del Tesoro" (1) obra escrita por Robert Stevenson. Que se puede descargar de forma libre [aquí](#).

(1) También se puede extraer Datos desde sitios web, blogs, sitios web de venta.

Además documentos digitales en formato UTF-8, archivos PDF, WORD, TXT.

1. EXTRACCION DE DATOS

"La Isla del Tesoro" se encuentra en el sitio web "www. [gutenberg.org](http://www.gutenberg.org)". Ingresar [aquí](#) para ver el documento.

1.1 ELIMINAR PALABRAS IRRELEVANTES

Las palabras irrelevantes son vocablos muy comunes y de poco valor gramatical, si las eliminamos, podemos concentrarnos en las mas importantes, p. ej., si en internet usted busca, _"como desarrollar un chatbot usando vanilla"_ , el buscador intentara encontrar paginas web que contengan los terminos "como", "desarrollar", "un", "chatbot", "usando" "vanilla", el buscador encontrará mas paginas que contienen "como" en vez de paginas que contengan información sobre desarrollo de chatbots, debido a que "como" es una palabra muy común en el idioma castellano. Asi, si eliminamos esta palabra el buscador puede concentrarse en recuperar paginas que contengan las palabras clave: "desarrollar", "chatbot", "vanilla."

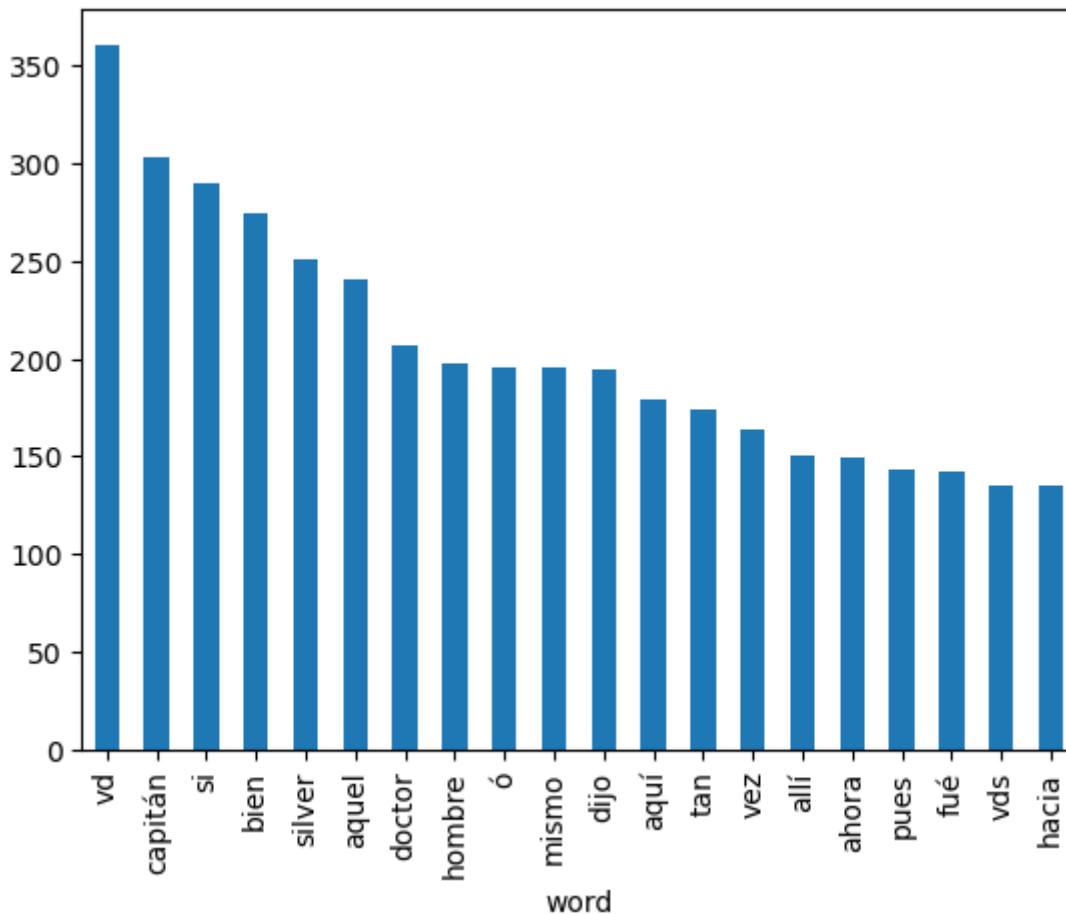
1.3 NUBE DE PALABRAS.

Luego de eliminar las palabras irrelevantes, construimos una muestra pictórica de las palabras más frecuentemente repetidas en "La Isla del Tesoro"



Frecuencia generada para todas las palabras

	<i>Palabra</i>	Conteo
0	vd	360
1	capitán	303
2	si	290
3.	bien	274
4.	silver	251
5.	aquel	240
6.	doctor	207
7.	hombre	197
8.	ó	195
9.	mismo	195
10	dijo	194
11	aquí	179
12	tan	174
13	vez	164
14	allí	150
15	ahora	149
16	pues	143
17	fué	142
18	vds	135
19	hacia	135



2. CAPITULO I

(Ver [anexos](#) para leer el capítulo completo)

LA ISLA DEL TESORO

EL VIEJO LOBO MARINO EN LA POSADA DEL "ALMIRANTE BENBOW"

CAPÍTULO I

texto_I

'imposible me ha sido rehusarme a las repetidas instancias que el caballero trelawney el doctor livesey y otros muchos senores me han hecho para que escribiese la historia circunstanciada y completa de la isla del tesoro. voy pues a poner manos a la obra contandolo todo desde el alfa hasta el omega sin dejarme cosa

.....

.....

.....

.....

.....

.....pais. haga vd. que baste con esto. poco despues llego a la puerta la cabalgadura y el doctor livesey partio en ella sin dilacion. pero el capitan se mantuvo pacifico aquella noche y aun otras muchas de las subsecuentes.'

2.1 Verificamo el número de palabras en "La Isla del Tesoro" Cap. I

len(texto_I) = 2927

El Capítulo I tiene 2927 palabras

2.2 SUMARIO CAPITULO I

El resumen generado es simple.

Si usted lee este resumen y el capítulo I completo, vera que son similares.

texto_I_sumario

'voy pues a poner manos a la obra contandolo todo desde el alfa hasta el omega sin dejarme cosa alguna en el tintero exceptuando la determinacion geografica de la isla y esto tan solamente porque tengo por seguro que en ella existe todavia un tesoro no descubierto.\ntodavia lo recuerdo paseando su mirada investigadora en torno del cobertizo silbando mientras examinaba y prorrumpiendo en seguida en aquella antigua cancion marina que tan a menudo le oi cantar despues son quince los que quieren el cofre de aquel muerto son quince yo ho ho son quince viva el rom con una voz de viejo temblorosa alta que parecia haberse formado y roto en las barras del cabrestante.\noh ya se lo que van a pedirme al decir esto arrojo tres o cuatro monedas de oro en el umbral y anadio con un tono de altivez y una mirada tan orgullosa como de un verdadero capitan avisarme cuando se acabe eso y la verdad es que aunque su pobre traje no predisponia en su favor ni menos aun su lenguaje tosco no tenia absolutamente el aspecto de un tramposo sino que parecia mas bien un marino un maestro de embarcacion acostumbrado a que se le obedezca como a capitan.\ncon frecuencia sin embargo cuando el dia primero del mes iba yo a reclamar mi salario prometido no me daba mas respuesta que su habitual y formidable resoplido de la nariz y clavar sus ojos airados en los mios obligandome a bajarlos pero antes de que se hubiera pasado una semana ya estaba yo seguro de que su parecer habria cambiado y lo veia en efecto venir a mi trayendome espontaneamente mi moneda de cuatro peniques no sin reiterarme sus ordenes de estar alerta para avisarle la aparicion de aquel

marino con una sola pierna.\npero si bien es cierto que tal era mi terror a proposito del marino de una pierna tambien es verdad que por lo que respecta al capitan mismo le tenia yo mucho menos miedo que cualquiera de los que lo conocian.\npero cuando sucedio lo que ahora refiero ya todos habiamos dejado de conceder la mas pequena atencion al extraño canto de nuestro hombre que con excepcion del doctor livesey no era ya nuevo para nadie.\npude observar sin embargo que al doctor no le producía un efecto de los mas agradables porque le vi levantar los ojos por un momento con un aire de bastante disgusto hacia el capitan antes de comenzar una conversacion que emprendio enseguida con el viejo taylor el jardinero acerca de una nueva curacion para las afecciones reumaticas.\nentre tanto el capitan parecia alegrarse al sonido de su propia musica de una manera gradual hasta que concluyo por golpear con su mano sobre la mesa de aquella manera brusca y autoritativa que todos nosotros sabiamos muy bien que queria decir silencio todas las voces callaron a la vez como por encanto excepto la del doctor livesey que continuo dejandose oír imperturbablemente clara y agradable interrumpida solamente por las vigorosas fumadas que daba a su puro cada dos o tres palabras.'

2.3 Nro de palabras Cap. I resumido

517

El sumario del Cap. I tiene 517 plabras

3. CAPITULO II

(Ver [anexos](#) para leer el capítulo completo)

LA ISLA DEL TESORO

"BLACK DOG" APARECE Y DESAPARECE

CAPÍTULO II

'no mucho tiempo despues de lo referido en el capitulo precedente
ocurrio el primero de los sucesos misteriosos que nos desembarazaron
por fin del capitan aunque no de sus negocios como pronto lo veran los
que leyeren. corria a la sazón un invierno crudo y frio con largas y
terribles heladas y
deshechos.....

.....de si la puerta. le he
sacado sangre suficiente para poderlo mantener bien por bastante
tiempo. debe quedarse por una semana en cama eso es lo menos malo
para el y para vds. pero un nuevo ataque le traera la muerte
inevitablemente.'

3.1 Verificamo el numero de palabras en "La Isla del Tesoro" Cap. II

2798

El Cap. II tiene 2798 palabras

3.2 SUMARIO CAPITULO II

Si usted lee este resumen y el capítulo II completo, vera que guardan
similitud:

'no mucho tiempo despues de lo referido en el capitulo precedente ocurrio el primero de los sucesos misteriosos que nos desembarazaron por fin del capitan aunque no de sus negocios como pronto lo veran los que leyeren.\ntodavia me parece ver su respiracion suspensa en forma de una estela de humo en el camino que iba recorriendo a largos pasos y aun recuerdo que el ultimo sonido que oi de el cuando se hubo perdido tras de la gran roca fue un gran resoplido de indignacion como si todavia revolviese en su animo el recuerdo desagradable de la escena con el doctor livesey.\nahora bien mi madre estaba a la sazón con mi padre en su habitacion y yo me ocupaba en arreglar la mesa para el almuerzo mientras volvia el capitan cuando repentinamente se abrio la puerta de la sala y penetro a esta un hombre que yo no habia visto hasta entonces.\nignoro quien es su camarada bill le conteste yo esta mesa es para una persona que se aloja en nuestra casa y a quien nosotros llamamos el capitan.\npor donde se ha ido muchacho senale yo entonces en direccion de la roca diciendole que el capitan no tardaria en volver respondi a algunas otras de sus preguntas y entonces el anadio ah vamos esto sera tan bueno como un vaso de rom para mi camarada bill.\ntan luego como estuve de nuevo adentro resumio el su primitiva actitud mitad halag ena mitad burlona diome una palmadilla sobre el hombro y me dijo vamos chico tu eres un buen muchacho yo no he querido mas que asustarte de broma.\nentonces mi hombre pronuncio con una voz que me parecio se esforzaba en hacer hueca y campanuda esta sola palabra bill el capitan giro rapidamente sobre sus talones y se encaro a nosotros.\nel capitan exclamo entonces en una especie de boqueada penosa black dog 1 pues quien habia de ser sino el replico el otro comenzando a sentirse un poco mas tranquilo.\nvoy a tomar un vaso de rom que me traera este buen chiquillo a quien tanto me he aficionado desde luego en seguida nos sentaremos si tu quieres y hablaremos lisa y llanamente como buenos camaradas que somos.\ndespidiome luego ordenandome que dejase la puerta abierta de par en par y anadio nada de espiar por las cerraduras muchacho entiendes yo no tuve mas que hacer sino dejarlos solos y retirarme a la cantina del establecimiento.\nprecisamente al llegar a la puerta el capitan descargo sobre el fugitivo una ultima y tremenda cuchillada con la cual sin duda alguna lo habria abierto hasta la espina si no hubiera tropezado su arma con la ensena de nuestra posada que fue la que recibio el golpe cuya senal es facil ver todavia hoy en el marco de nuestro almirante benbow hacia la parte de abajo.\npero de repente su color cambio de nuevo trato de enderezarse por si solo y exclamo donde esta black dog aqui no hay ningun black dog dijole el doctor como no sea el que tiene vd.'

3.3 Nro de palabras Cap. I resumido

len(texto_II_sumario)

514

El sumario del Cap. II tiene 514 palabras

4. CONCLUSIONES

Problema resuelto. Ahora ya no tendrá que leer los capítulos completos de la obra; solo lea el resumen si no tiene tiempo suficiente.

Contiene palabras irrelevantes

"_Son quince los que quieren el cofre de aquel muerto
Son quince ¡yo--ho--hó! son quince ¡viva el rom!_"

con una voz de viejo, temblorosa, alta, que parecía haberse formado y roto en las barras del cabrestante. Cuando pareció satisfecho de su examen llamó á la puerta con un pequeño bastón, especie de espeque que llevaba en la mano, y cuando acudió mi padre, le pidió bruscamente un vaso de rom. Después que se le hubo servido lo saboreó lenta y pausadamente, como un antiguo catador, paladeándolo con delicia y sin cesar de recorrer alternativamente con la mirada, ora las rocas, ora la enseña de la posada.

--Esta es una caleta de buen fondo--dijo en su jerga marina--y al mismo tiempo una taberna muy bien situada. ¿Mucha clientela, patrón?

--Nó, le respondió mi padre, bastante poca, lo cual es tanto más sensible.

--Bueno, dijo él, entonces este es el camarote que yo necesito. Hola, tú, grumete, le gritó al hombre que rodaba la carretilla en que venía su gran cofre de á bordo, trae acá esa maleta y súbela. Pienso fondear aquí un poco. Y luego prosiguió:--Yo soy un hombre bastante llano; todo lo que yo necesito es rom, huevos y tocino y aquella altura que se vé allí para estar á la mira de las embarcaciones. ¿Quieren Vds. saber cómo han de llamarme? llámenme Capitán. ¡Oh! ¡ya sé lo que van á pedirme! Al decir esto arrojó tres ó cuatro monedas de oro en el umbral y añadió con un tono de altivez y una mirada tan orgullosa como de un verdadero Capitán:--¡Avisarme cuando se acabe eso!

Y la verdad es que, aunque su pobre traje no predisponía en su favor, ni menos aún su lenguaje tosco, no tenía absolutamente el aspecto de un tramposo, sino que parecía más bien un marino, un maestro de embarcación acostumbrado á que se le obedezca como á Capitán. El muchacho que traía la carretilla nos refirió que la posta ó coche del correo lo había dejado la víspera por la mañana en la posada del "*Royal George*," que allí se informó qué albergues había á lo largo de la costa, y que habiendo oído buenos informes probablemente acerca del nuestro, y habiéndosele descrito como muy poco concurrido, lo había elegido de preferencia á todos los demás para su residencia. Eso fué todo lo que pudimos averiguar acerca de nuestro huésped.

El Capitán era habitualmente un hombre de muy pocas palabras. Todo el día se lo pasaba, ya vagando á orillas de la caleta, ó ya encima de las rocas, con un largo telescopio ó anteojo marino. Por las noches se acomodaba en un rincón de la sala, cerca del fuego y se consagraba á beber rom y agua con todas sus fuerzas. Las más veces no quería contestar cuando se le hablaba: contentábase con arrojar sobre el que le dirigía la palabra una rápida y altiva mirada, y con dejar escapar de su nariz un resoplido que formaba en la atmósfera, cerca de su cara, una curva de vapor espeso. Los de la casa y nuestros amigos y clientes ordinarios pronto concluimos por no hacerle caso. Día por día, cuando llegaba á la posada, de vuelta de sus vagabundas excursiones, preguntaba invariablemente si no se había visto algunos marineros atravesar por el camino. Al principio nos pareció que la falta de camaradas que le hiciesen compañía era lo que le obligaba á hacer esa constante pregunta; pero muy luego vimos que lo que él procuraba más bien era evitarlos. Cuando algún marinero se detenía en la posada, como lo hacían entonces y lo hacen aún los que siguen el camino de la costa para Bristol, el Capitán lo examinaba al través de las cortinas de la puerta, antes de entrar á la sala, y ya se sabía que, cuando tal concurrente se presentaba, él permanecía invariablemente mudo como una carpa.

Para mí, sin embargo, no había mucho de misterio ni de secreto en sus alarmas, en las cuales tenía yo cierta participación. Un día me había llamado aparte y sigilosamente me había prometido darme una pieza de cuatro peniques el día primero de cada mes con la sola condición de que estuviese alerta, y le avisara, en el momento mismo en que descubriera, la aparición de un "marino con una sola pierna." Con frecuencia, sin embargo, cuando el día primero del mes iba yo á reclamar mi salario prometido, no me daba más respuesta que su habitual y formidable resoplido de la nariz y clavar sus ojos airados en los míos, obligándome á bajarlos; pero antes de que se hubiera pasado una semana, ya estaba yo seguro de que su parecer habría cambiado y lo veía, en efecto, venir á mí trayéndome espontáneamente mi moneda de cuatro peniques, no sin reiterarme sus órdenes de estar alerta para avisarle la aparición de aquel "marino con una sola pierna."

Imposible me sería contar hasta qué punto ese esperado personaje turbaba y entristecía mis sueños. En las noches tempestuosas, cuando el viento hacía estremecer los cuatro ángulos de nuestra casa y cuando la marea bramaba despedazando sus olas á lo largo de la caleta y sobre los abruptos riscos, yo le veía aparecérsese en sueños en mil formas diversas y con mil expresiones diabólicas. Ya era la pierna cortada hasta la rodilla, ya desarticulada desde la cadera; ya se me aparecía como una especie de criatura monstruosa que jamás había tenido sino una sola pierna, y ésa de forma indescriptible. Otras ocasiones lo veía saltar y correr y perseguirme por zanjas y vallados, lo cual constituía, por cierto, la peor de todas mis pesadillas. Hay que convenir, pues, en que pagaba yo bien cara mi pobre soldada mensual de cuatro peniques, con aquellas visiones abominables.

Pero si bien es cierto que tal era mi terror á propósito del marino de una pierna, también es verdad que, por lo que respecta al Capitán mismo, le tenía yo mucho menos miedo que cualquiera de los que lo conocían. Había algunas noches en que se permitía tomar mucho más rom del que podía razonablemente tolerar su cabeza. Entonces se le veía sentarse y entonar sus perversas y salvajes viejas cántigas marinas de que ya nadie hacía caso. Pero á veces le ocurría pedir vasos para todos y forzaba á su tímido y trémulo auditorio á escuchar sus patibularias historias ó á formar un coro á sus siniestras canciones. Con frecuencia oía yo á la casa entera estremecerse con aquel estribillo:

"_El diablo ¡yo--ho--hó! el diablo ¡viva el rom!_"

en el que todos los vecinos se le unían por amor á sus vidas, con el temor de que aquel ogro les diese la muerte, y cada cual procurando levantar la voz más que el compañero de al lado, á fin de no llamar la atención por su negligencia, porque en aquellos accesos el Capitán era el compañero más intolerante y arrebatado que se ha conocido. Á veces golpeaba bruscamente con su callosa mano sobre la mesa para imponer silencio absoluto á los circunstantes; otras, se dejaba arrebatar á un ímpetu de cólera salvaje á la menor pregunta y en otras le producía el mismo efecto el que ninguna se le dirijiese, porque decía que la concurrencia no estaba atendiendo á su narración. Por ningún motivo hubiera él consentido en que alma nacida abandonase la posada hasta que, sintiéndose ya completamente ebrio y soñoliento él mismo, se iba tambaleando á tirarse sobre su cama.

Sus cuentos y narraciones era lo que á las gentes espantaba más que todo. Horribles historias eran, por cierto; historias de ahorcados, castigos bárbaros como el llamado "*paseo de la tabla*" y temerosas tempestades en el mar y en el Paso de Tortugas--y salvajes hazañas y abruptos parajes en el Mar Caribe y costa firme. Según sus narraciones debió pasar su vida entera entre los hombres más perversos que Dios ha permitido que crucen

sobre los mares; y el lenguaje que usaba para contar todas sus historias disgustaba á aquel sencillo auditorio de campesinos, casi tanto como los crímenes espantosos que describía con él. Mi padre siempre estaba diciendo que la posada concluiría por arruinarse, porque las gentes pronto dejarían de concurrir á ella para que se las tiranizase allí, y se las asustara y se las mandara á acostar horripiladas y estremeciéndose; pero yo creo que, al contrario su presencia no dejó de sernos de algún provecho. Las gentes comenzaron por tenerle un miedo atroz pero á poco, según hoy puedo recordarlo, ya empezaban á gustar de él. Porque, á la verdad, el Capitán era una fuente de valiosas emociones, enmedio de aquella quieta y sosegada vida del campo. Algunos de los más jóvenes de nuestros vecinos no le escatimaban ya ni su misma admiración, llamándole un verdadero lobo marino, un tiburón legítimo y otros nombres parecidos, agregando que hombres de su ralea son precisamente los que hacen que el nombre de Inglaterra sea temido y respetado sobre el océano.

Pero también, en cierto modo no dejaba de llevarnos bonitamente hacia la ruina; porque su permanencia se prolongaba en nuestra casa semana tras semana, y después un mes tras de otro, de tal manera que ya las monedas de oro aquellas habían sido más que devengadas, sin que mi padre se hiciese el ánimo de insistir demasiado en que renovase la exhibición. Si alguna vez se permitía indicar algo, el Capitán resoplaba por el fuelle de su nariz de una manera tan formidable que casi se pudiera decir que bramaba y con su feroz mirada arrojaba á mi pobre padre fuera de la habitación. Yo lo ví, con frecuencia, después de tales repulsas, retorcerse los manos desesperadamente y tengo la certeza de que, el fastidio y el terror que se dividían su existencia contribuyeron grandemente á acelerar su anticipada é infeliz muerte.

En todo el tiempo que vivió con nosotros el Capitán no hizo el menor cambio en su traje, sino fué el comprarse algunos pares de medias, aprovechando el paso casual de un buhonero. Habiéndosele caído una de las alas de su sombrero, no se ocupó de reducir á su lugar primitivo aquel colgajo que era para él una gran molestia, sobre todo, cuando hacía viento. Me acuerdo todavía de la miserable apariencia de su jubón que remendaba, él en persona, arriba en su habitación y que, antes de su muerte, no era ya otra cosa más que remiendos. Jamás escribió ni recibía carta alguna, ni se dignaba hablar á nadie que no fuese de los vecinos que él conocía por tales, y aun á éstos hacía lo solamente cuando bullían en su cabeza los espíritus del rom. En cuanto al gran cofre de á bordo, ninguno de nosotros había logrado verlo abierto.

Solamente una vez sufrió un verdadero enojo, lo cual sucedió poco antes de su triste fin, en ocasión en que la salud de mi padre estaba ya declinando en una pendiente, que acabó por llevarlo hasta el sepulcro. El Doctor Livesey vino una vez con cierto retardo, por la tarde, con el objeto de ver á su enfermo; tomó alguna ligera comida que le ofreció mi madre y se entró, en seguida, á la sala, para fumar su puro, en tanto que le traían su caballo desde el pueblo, porque en la posada carecíamos de bestias y de caballerizas. Yo me fuí tras él y me acuerdo haber observado el contraste que ofreció á mis ojos aquel doctor fino y aseado, de cabellera empolvada, tan blanca como la nieve, de vivísimos ojos negros y maneras gratas y amables, con aquellos retozones palurdos del campo; y más que todo con el sucio, enorme y repugnante espantajo de pirata de nuestra posada, que se veía sentado en su rincón habitual, bastante avanzado ya á aquella hora en su embriaguez cotidiana, y recargando sus brazos musculosos sobre la mesa. De repente nuestro huésped comenzó á canturriar su eterna canción:

"_Son quince los que quieren el cofre de aquel muerto_
Son quince ¡yo--ho--hó! son quince ¡viva el rom!"

El diablo y la bebida hicieron todo el resto,
El diablo ¡yo--ho--hó! el diablo ¡viva el rom!"

Al principio me había yo figurado que el cofre del muerto que él cantaba sería probablemente aquel gran baúl suyo que guardaba arriba en su cuarto del frente de la casa, y este pensamiento no había dejado de mezclarse confusamente en mis pesadillas con la figura del esperado marino de una sola pierna. Pero cuando sucedió lo que ahora refiero, ya todos habíamos dejado de conceder la más pequeña atención al extraño canto de nuestro hombre que, con excepción del Doctor Livesey, no era ya nuevo para nadie. Pude observar, sin embargo, que al Doctor no le producía un efecto de los más agradables, porque le ví levantar los ojos por un momento, con un aire de bastante disgusto, hacia el Capitán, antes de comenzar una conversación que emprendió enseguida con el viejo Taylor, el jardinero, acerca de una nueva curación para las afecciones reumáticas. Entre tanto el Capitán parecía alegrarse al sonido de su propia música, de una manera gradual, hasta que concluyó por golpear con su mano sobre la mesa de aquella manera brusca y autoritativa que todos nosotros sabíamos muy bien que quería decir: "¡Silencio!" Todas las voces callaron á la vez, como por encanto, excepto la del Doctor Livesey que continuó dejándose oír imperturbablemente clara y agradable, interrumpida solamente, por las vigorosas fumadas que daba á su puro cada dos ó tres palabras. El Capitán lo miró fijamente por algunos momentos, volvió á golpear sobre la mesa, le lanzó una nueva mirada más terrible todavía y concluyó por vociferar, con un villano y soez juramento:

--¡Silencio, allí, los del entre-puente!

--¿Es á mí á quien Vd. se dirijía? preguntó el Doctor, á lo cual nuestro rufián contestó que sí, no sin añadir otro juramento nuevo.

--No le replicaré á Vd. más que una cosa, dijo el Doctor, y es que si Vd. continúa bebiendo rom como hasta aquí, muy pronto el mundo se verá libre de una bien asquerosa sabandija.

Sería inútil pretender describir la furia que se apoderó del viejo al escuchar esto. Púsose en pie de un salto, sacó y abrió una navaja marina de gran tamaño y balanceándola abierta sobre la palma de la mano amenazaba clavar al Doctor contra la pared.

El Doctor no hizo el más pequeño movimiento. Tornó á hablarle de nuevo, lo mismo que antes, por encima de su hombro y con el mismo tono de voz, solo un poco más alto de manera que oyesen bien todos los circunstantes, pero con la más perfecta calma y serenidad:

--Si no vuelve Vd. esa navaja al bolsillo en este mismo instante, le juro á Vd. por quien soy que será ahorcado en la próxima reunión del Tribunal del Condado.

Siguióse luego un combate de miradas entre uno y otro, pero pronto el Capitán hubo de rendirse, guardó su arma y volvió á su asiento gruñendo como un perro que ha sido mordido.

--Y ahora, amigo--continuó el Doctor--desde el momento en que me consta la presencia de un hombre como Vd. en mi distrito, puede Vd. estar seguro de que ni de día ni de noche se le perderá de vista. Yo no soy solamente un médico, soy también un magistrado; así es que, si llega hasta mí la queja más insignificante en su contra, aunque no sea más que por un rasgo de grosería como el de esta noche, ya sabré tomar las medidas más del caso para que se le dé á Vd. caza y se le arroje del país. Haga Vd. que baste con esto.

Poco después llegó á la puerta la cabalgadura, y el Doctor Livesey partió en ella sin dilación. Pero el Capitán se mantuvo pacífico aquella noche y aun otras muchas de las subsecuentes.